

E ENTREVISTA A ÁNGEL GONZÁLEZ "ESTAMOS ACOSTUMBRADOS A MIRAR SIN ASOMBRO"

MAIKI MARTÍN FRANCISCO

La siguiente entrevista fue realizada en la Universidad de La Laguna, el día 27 de mayo de 2002, tras la visita del poeta asturiano, con motivo del espectáculo “La palabra en el aire”, realizado junto con Pedro Guerra. Por diferentes motivos, había permanecido inédita hasta este momento. En cada una de sus respuestas, como en su poesía, se aprecia ese afán por escoger hechos y situaciones de la vida cotidiana y expresarlos con el lenguaje que la gente utiliza en la vida real, del que ya hablara Wordsworth en el prólogo a sus *Baladas líricas*. Su mirada es hija de la sorpresa, de los ojos del niño que fue y que nunca dejó de ser, siempre con hambre de vida.

Maiki Martín Francisco: La mayoría de su obra parte de la experiencia cotidiana, ¿cree que la poesía se encuentra en cualquier elemento de la vida?

Ángel González: Claro. Yo creo que sí, que la poesía está o puede estar en todo: en todo lo que nos pasa, en todo lo que vemos, lo que nos pasa por dentro o por fuera. Creo que la poesía casi siempre nace –eso no es una idea original mía, aunque yo siempre lo suelo decir– nace de la sorpresa que de pronto produce una cosa a la que estamos acostumbrados a mirar sin asombro. Estamos acostumbrados a ver rutinariamente, y de pronto eso cobra una dimensión que uno nunca había pensado en ello. Esa sorpresa justamente es mucho mayor cuando son las cosas cotidianas las que la producen, y ahí es donde la poesía puede surgir, seguramente, de la cotidianidad.

M. M. F.: ¿Cree que toda poesía es una forma de catarsis, de resolver, en cierta medida, los problemas?

Á. G.: Puede ser, puede tener ese efecto. La poesía puede tener efectos terapéuticos. Yo casi siempre escribo cuando tengo problemas conmigo mismo o con el resto de la humanidad, con el mundo. Suelo escribir en momentos de desacuerdo

con el mundo y muchas veces estos problemas que me impulsan a escribir pues tienen un cierto valor terapéutico. Es una especie de alivio, el expresar lo que a uno le duele, lo que a uno le preocupa, lo que a uno le obsesiona, el darle forma, el expresarlo... es un alivio, sí, a veces.

M.M.F.: Es decir, que parte de la necesidad...

Á. G.: Yo escribo siempre por necesidad. Quizás estoy exagerando un poco: algún poema habré escrito por encargo, por presiones... Pero yo normalmente escribo porque necesito expresarme, expresar lo que me está ocurriendo.

M.M.F.: También está muy presente la ironía en su obra...

Á. G.: Bueno, la ironía es una buena herramienta, es un recurso retórico con mucha tradición en la historia de la literatura, que tal vez en mi generación y en mí mismo surgió en un momento en que había censura, que no se podían decir las cosas con claridad, que había que decir las oblicuamente, en que había que decir una cosa para decir la contraria... Pero con el tiempo, y no solo en mí, sino creo que en todos los de mi generación, la ironía se ha convertido en una maravillosa herramienta para expresar la ambigüedad de la realidad. La realidad no es solo de un color, no es solo una cosa, sino la contraria. Y esas contradicciones que la realidad ofrece, pues la ironía las expresa con mucha justicia. También es un elemento distanciador, el que quita hierro a declaraciones que podrían ser muy patéticas, melodramáticas, y ayuda a distanciarse de uno mismo, de los problemas. Es una forma de pudor, también, la ironía.

M. M. F.: ¿Cuál es su visión poética del mundo? ¿A dónde va su palabra?

Á. G.: No lo sé. Tengo algunas manías como escritor de poemas. Primero, tener mucho cuidado con la palabra, trabajar mucho la palabra. La palabra que yo uso como materia prima de mi poesía es la palabra común, la palabra cotidiana, la palabra de todos. Apelo a fórmulas coloquiales con mucha frecuencia, pero detrás de todo eso hay mucho trabajo. Es decir, no es una transcripción del lenguaje que hablamos todos en la vida ordinaria, porque la poesía no se escribe como un movimiento, ojo. Todo eso es el material de trabajo. Otros usan material más vistoso, más prestigiado y de acuerdo a la literatura, material más literario. Yo uso la palabra de todos, la palabra común y corriente, pero la uso como elemento, materia prima del trabajo. Esa palabra, cuando aparece en mis poemas y parece que es la misma que usamos en el lenguaje cotidiano, compartido por todos, pues es una palabra que está muy trabajada, cuidadosamente trabajada.

M.M.F.: Y además se nota en los juegos de palabras que hace.

Á.G.: Sí, y yo creo que algún crítico ha dicho que es una sencillez solo aparente y que es una sencillez difícil de conseguir. Y debe ser que lo es, porque a mí me cuesta mucho trabajo. Escribo muy poco y escribo muy poco por esa cuestión. Es muy difícil.

M.M.F.: Hay mucha gente que dice que para escribir, para crear, hay que tener las necesidades básicas cubiertas. Sin embargo, por otra parte también se da que justo en las épocas de crisis es cuando el arte crece...

Á.G.: Hombre, las necesidades básicas cubiertas... Claro, cuando uno está muerto de hambre pues es difícil que piense en algo más que en buscar un plato de comida, pan. Hay otras necesidades básicas que pueden impedir escribir. Nadie puede escribir un poema, por ejemplo, en ese momento en el que se muere su madre o su padre... Ahí hay unas cosas que lo impiden, que impiden hacer de todo eso arte. Con el tiempo, pasado el tiempo, sí que puede escribir sobre situaciones muy dolorosas y muy terribles, pero... aún así yo creo que se puede escribir en situaciones muy duras y muy difíciles, y que incluso es una defensa contra eso que nos puede, en un momento determinado, atormentar, como decía antes. La poesía hace de terapia y de alivio.

M.M.F.: Sí, pero hay que dejar pasar también un poco de tiempo...

Á.G.: Sí, como decía, ya creo que era Wordsworth el que hablaba de recolectar... Hablaba de que era necesario que la emoción que el poema exprese pues... esté un poco filtrada por el paso del tiempo.

M.M.F.: ¿Le preocupa la situación actual? ¿Se siente un poeta comprometido?

Á.G.: A mí me preocupa mucho la situación actual. Me preocupa, me angustia, la situación del mundo, como creo que a todo el mundo; no estoy tratando de presentarme como un ser especialmente sensible. Yo creo que estamos viviendo momentos muy graves, lo que está pasando en el mundo es muy preocupante, muy doloroso, y claro que me preocupa, mucho. Lo que pasa es que cuando yo escribía esa poesía de compromiso social es que estaba todavía más cerca, estaba encima de mí, se había metido en mi vida, era parte de mi intimidad, de una manera muy evidente, muy viva. De manera que cuando yo hablaba de mí, estaba hablando también de lo que estaba pasando fuera de mí, lo que estaba ocurriendo en España.

M.M.F.: ¿Qué lugar ocupa la poesía en este momento?

Á.G.: La poesía ocupa el lugar que ocupa en general el arte. La poesía es una forma de arte, de arte que se hace con palabras, hablando de lo que nos preocupan las

cosas. La primera obligación o deber de la poesía es ser buena poesía, y a partir de ahí, si es buena poesía, todo vale, no importa el tema. La poesía no se define por el tema, ni para bien ni para mal. Había gente que decía, cuando yo era joven, que no se podía escribir poesía con temas sociales o políticos. Claro que se podía escribir. Es cierto que se hizo muy mala poesía con esos temas, pero también se hizo muy mala poesía con temas amorosos o religiosos. La poesía religiosa tiene ejemplos espantosos de mala poesía, ejemplos de poesía de hoja parroquial. Pero sin embargo, también el sentimiento religioso puede dar lugar a grandes poemas, como ha dado lugar y probablemente siga dando. De manera que la poesía no se justifica nunca por el tema, pero tampoco se descalifica por el tema. Lo primero que debe ser un poema es ser un buen poema... Y ya no recuerdo la pregunta que me estabas haciendo...

M.M.F.: Qué lugar ocupa la poesía...

Á.G.: Bueno, pues la poesía ocupa el lugar que ocupa el arte. En realidad, es un género literario un poco más difícil que otros, exige por parte del lector cierta complicidad. Exige un lector cómplice, un lector que sea también en alguna medida poeta en cuanto que el poema tiene que ser recreado, rehecho por el lector, interpretado lo mismo que un músico interpreta una partitura, tiene que darle vida. Y eso quizá no todo el mundo esté capacitado para hacer esa operación. Pero la poesía, que tiene menos lectores que otros géneros literarios, tiene lectores fieles, muy fieles, que yo creo que compensan al escritor. Yo no escribo nunca pensando en los lectores, pero sé que el lector debe existir, porque si no existe, el poema se queda en nada. Es como una partitura que nadie interpreta en un mundo de gente que no sabe leer música. El poema necesita un lector, pero yo no pienso en el lector cuando escribo. Cuando escribo solo pienso en lo que estoy haciendo, en la palabra, en las palabras, y en mí. Y luego, ojalá llegue al lector.

M.M.F.: Aunque generalmente siempre llega de otra forma, también.

Á.G.: Bueno, el lector influye en el arte, eso es evidente, ¿no? Si no, el poema quedaría incompleto, no sería un poema terminado. El lector es el que lo termina.

M.M.F.: Con su interpretación.

Á.G.: Claro.

M.M.F.: ¿Qué piensa de sus poemas, al cabo de los años?

Á.G.: Pues no pienso... (risas) No, no, de verdad. Mi poesía la veo mal, no la puedo ver con objetividad, no sé. Son los lectores los que un poco me orientan y me dan una referencia, pero yo no me puedo separar del ser humano que lo

escribió. Sé lo que quise decir, pero no sé si lo logré decir o no. A veces no lo sé, y a veces digo cosas que no quise decir y que están en el texto, y a veces cosas que yo quise decir, resulta que no aparecen en el texto. Entonces no lo sé, no puedo opinar sobre mi poesía, no tengo una opinión.

M.M.F.: Pero tendrá algunos poemas que le gusten más que otros.

Á.G.: Algunos me gustan menos... (risas), por decirlo con más exactitud.

M.M.F.: ¿Corrige con frecuencia?

Á.G.: Corrijo mucho hasta que lo doy por terminado. Cuando lo doy por terminado, lo publico y ahí ya no lo muevo. Hace bastantes años, en una reedición, vi los primeros poemas con algunas torpezas y traté de corregirlos, pero abandoné inmediatamente esa cuestión. Los publiqué así, y así se quedan.

M.M.F.: ¿Qué poetas le han impactado?

Á.G.: Muchísimos. La historia de la literatura está llena de grandes poetas. También está llena de pésimos poetas, pero por fortuna no pasan a la historia, pero la historia de la literatura tiene admirables poetas, y yo creo que todos los poetas que leí con admiración y con fervor, pues de alguna manera me influyeron. Sin la poesía escrita por otros no se puede escribir poesía. Cuando los jóvenes me preguntan qué deben hacer para escribir poesía, les digo: “los viejos maestros de la pintura eran grandes maestros, se pasaban muchos años copiando a otros maestros que los habían precedido, y a partir de ahí había un momento en el que les tocaba a ellos, cobraban su propia personalidad”. Creo que el poeta tiene que leer mucho, y no importarle que las influencias a floren muy evidentemente cuando empiece a escribir, luego es cuando de verdad encontrará su propia voz, pero tiene que partir de lo que escribieron otros. Claro, que puede escribir desde la ignorancia de la literatura y de la pintura.

M.M.F.: Me gustaría que hablara de lo que expone en algunos de sus poemas en relación a la crítica literaria.

Á.G.: Bueno, yo ya de bastante mayor cambié de profesión y de todo, hasta de país, y me dediqué a enseñar literatura, cuando yo no tenía nada más que méritos para poeta. Ni siquiera había estudiado literatura (estudié derecho) y eso me produjo en principio una gran satisfacción. Yo no creo que haya influido en mi escritura, pero sí influyó mucho en mí como lector, me enriqueció mucho. Tuve que estudiar mucho, y leer una y otra vez poetas que había leído mal, y ahí descubrí muchas cosas. De manera que yo creo que la enseñanza de la literatura me enriqueció, aunque no creo que haya influido de manera directa en mi escritura.

M.M.F.: ¿Y cómo es la relación con los críticos que han tratado su obra?

Á.G.: Hombre, pues yo creo que hay de todo. Hay críticos admirables, a mi modo de ver, que han leído, que han encontrado en mi poesía aspectos que a mí mismo me pueden sorprender. Pero hay otros que no, claro. Pero es que aquí sucede como con los poetas, que los hay buenos y malos, los hay inteligentes y tontos.

M.M.F.: ¿Usted cómo se considera como poeta?

Á.G.: Hombre, yo me considero inteligente... (risas) No, yo no me considero, de verdad: no, es una broma. De verdad que yo no sé valorar lo que hago. Ni tampoco es mi función valorarlo, que lo valoren los demás.

M.M.F.: ¿Qué nos puede decir de sus lecturas?

Á.G.: Bueno, yo he sido desde muy niño un lector voraz, he leído todo lo que ha caído en mis manos. He leído mucha novela, he leído de todo: novela, ensayo... El ensayo y la filosofía con poco provecho, pero lo he leído y lo sigo leyendo. Y novelas, leo muchas novelas.

M.M.F.: ¿Y cuáles han pervivido, a qué lecturas vuelve?

Á.G.: Hombre, yo vuelvo poco porque me reclama mucho la atención lo que se está haciendo ahora, lo que se hizo después. Pero claro, recuerdo la inmensa emoción que yo sentía, de niño, leyendo autores como Dickens, como Galdós, o como Salgari, como *La isla del tesoro*. Son emociones verdaderamente que te liberan en una edad en la que todo es virgen, todo es nuevo. Son impresiones imborrables, tal vez difíciles ya de reproducirse. Cuando uno va teniendo años y años, pues la piel se te pone un poco más gruesa, más espesa, y no tiene aquella sorpresa tremenda ante el fenómeno de la literatura. Pero soy todavía, creo, un lector bastante voraz de cuanto se pone en mis manos.

M.M.F.: ¿Sigue escribiendo igual que antes?

Á.G.: Escribo cada vez menos. Escribo cada vez con menos urgencia de publicar. Cuando era joven me hacía mucha ilusión sacar un libro. Ahora no es que no me la haga, me la hace, pero menos. No tengo esa urgencia, ni de publicar ni de escribir. La verdad es que escribo... Siempre escribí poco, pero ahora escribo menos y no tengo ninguna prisa.

M.M.F.: ¿Algún escritor que esté próximo a usted, no solo por su obra, sino por su persona...?

Á.G.: Hombre, hay muchos. Yo no te podría decir en estos momentos uno o dos, porque son muchos. Además, uno imagina al hombre que está detrás de los poemas, y lo imagina con más calidez que a otro, a quien a lo mejor también admira, pero uno se siente más distante de él que de otros.